
El sueño europeo, de Jeremy Rifkin	153
<hr/>	
110 claves para comprender Oriente Próximo, de Alain Gresh y Dominique Vidal / Politicidio. La guerra de Ariel Sharon contra los palestinos, de Baruch Kimmerling	157
<hr/>	
La guerra israelí de la información. Desinformación y falsas simetrías en el conflicto palestino-israelí, de Joss Dray y Dennis Sieffert	158
<hr/>	
La Rusia pos-soviética, de roy Medvedev	161
<hr/>	
Human Rights Watch World Report 2004, de Human Rights Watch	163
<hr/>	
Nacionalismo. Razón y pasión, de Pedro Ibarra	166
<hr/>	
América Latina en el nuevo sistema internacional, de Joseph Tulchin y Ralph Espach (Eds.)	168
<hr/>	

EL SUEÑO EUROPEO
Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano

Jeremy Rifkin

Paidós,

Barcelona, 2004,

524 páginas.

Jeremy Rifkin, profesor de la Universidad de Pensilvania, suele ser presentado como “autor de *bestsellers*”, lo que no es un buen principio para los lectores que abren las páginas de *Papeles de Cuestiones Internacionales* con el objeto de completar sus opiniones personales, aprendiendo de quienes saben más sobre ciertas materias. En este caso, conviene saltar sobre ese obstáculo inicial porque, a pesar de esa condición atribuida a Rifkin, el libro que aquí se comenta se hace imprescindible para entender aspectos muy críticos de la actualidad internacional y para reavivar una llama de esperanza en esta Europa nuestra, tan propensa a la reflexión pesimista sobre el pasado, que conduce a una cierta desconfianza sobre el presente. Escrito por un estadounidense que no reniega de serlo y que ha crecido amparado y reconfortado por el viejo sueño americano, su lectura resulta esencial para los europeos que todavía ignoran en qué puede consistir ese “sueño europeo” que Rifkin analiza con detenimiento y —¿por qué no resaltarlo?— con evidente admiración. Para los euroescépticos de cualquier nacionalidad, el libro de Rifkin supone una inyección de optimismo y de esperanza. Que esa inyección tenga que ser aplicada por alguien que observa a Europa desde el otro lado del Atlántico es prueba de que allí, todavía, existe un pensamiento vivo y lúcido que no se deja abatir

por la cerrazón, el fanatismo y la estrechez de miras de sus actuales dirigentes políticos.

No es posible comentar *El sueño europeo* sin leerlo de cabo a rabo, a pesar de su extensión. Es un libro que contiene varios libros y un simple repaso somero, una “lectura en diagonal”, implicaría perder gran parte de la esencia del pensamiento en él expuesto. El análisis del sueño americano, en contraposición con el cual se desarrolla la exposición del sueño europeo, incluye una original revisión de diversas épocas de la historia social de la humanidad, lo que el autor hace con gran amenidad en la segunda parte del volumen, que denomina “La construcción de la Edad Moderna”. El núcleo de la teoría “rifkiana” consiste en mostrar los cambios que se han efectuado en la percepción humana del espacio-tiempo en tres épocas señaladas de la Historia: (1) el feudalismo; (2) el paso al estado-nación, propio de la modernidad; y (3) la posmodernidad, la actual era de la globalización.

Esquemáticamente expuesto, el sueño americano habría quedado anclado en la modernidad y el sueño europeo sería el que ahora avanza, superándola y dejando atrás al anticuado sueño americano. Es lo que viene a expresar el subtítulo de esta obra.

En la cristiandad medieval, la condición universal del ser humano era su naturaleza pecadora y el sueño que unificaría a la humanidad era la salvación eterna. En la edad moderna, la condición humana era su naturaleza codiciosa y utilitaria, y el progreso material imparable sería su sueño unificador. En la época posmoderna, la de la globalidad, la condición universal de la humanidad es su fragilidad y vulnerabilidad; el sueño anhelado es la conciencia global. Superado el primer sueño —el medieval—, EEUU ha quedado anclado en el

segundo —el del progreso material— y en Europa nace el nuevo sueño en el que los derechos humanos son “la norma indivisible para el avance de la conciencia global y el fomento de una administración sostenible de la Tierra” (p. 347).

Ciencia, economía y política han evolucionado de la mano en los tres pasos históricos citados. Es interesante la hipótesis planteada. La Iglesia, la economía feudal y los reinos guerreros se hicieron lentos y provincianos para adaptarse a los cambios que la modernidad traía a Europa y fueron sustituidos por tres nuevas instituciones: la ciencia moderna, la economía de mercado y el estado-nación. Rebasada y superada la modernidad, la ciencia toma nuevas vías —una “segunda Ilustración”, le llama Rifkin (p. 440)— y ya no ve en la naturaleza un enemigo a saquear y someter sino como una comunidad que es preciso sustentar. “El derecho a explotar controlar y poseer la naturaleza en forma de propiedad, se ve moderado por la obligación de administrarla, tratándola con dignidad y respeto”. Del valor utilitario de la naturaleza se pasa a su valor intrínseco, no solamente en función del provecho que reporta al ser humano. Y si la ciencia cambia, también lo hace la economía de mercado, forzada a convertirse en una nueva “economía en red”, que el autor analiza a fondo en sus nacientes aspectos. El estado-nación se va desintegrando hacia nuevas formas de gobierno regional y global, mejor preparadas para asimilar las nuevas realidades tecnológicas y todo lo que implica la era de la globalización.

Ya en la introducción anuncia el autor que “los europeos parecen llevar la delantera en la transición hacia una nueva era” (p. 13). La culpa la tiene el atraso del sueño americano; un sueño que insiste en

las posibilidades ilimitadas de todos los individuos para alcanzar el éxito, que se identifica con el éxito financiero. “El sueño americano está demasiado centrado en el progreso material personal y demasiado poco preocupado por el bienestar de la sociedad humana en general”. Su mentalidad de frontera ha quedado anticuada. Para algunos, el sueño americano, que pone el énfasis en la acumulación ilimitada de riqueza en una sociedad democrática, es la expresión última del fin de la historia. Pero el nuevo sueño europeo sugiere “una nueva historia que ponga el acento en la calidad de vida, la sostenibilidad, la paz y la armonía” (p. 18). Lo verdaderamente revolucionario de este sueño es una economía global estacionaria, que pone fin a la teoría basada en una curva creciente de avances materiales. “El objetivo de una economía global sostenible consiste en reproducir constantemente un estado presente de alta calidad mediante el ajuste de la producción y el consumo humanos a la capacidad de la naturaleza para reciclar los residuos y regenerar los recursos. Una economía sostenible y estacionaria supone el verdadero fin de la historia, en cuanto definida como progreso material ilimitado”.

¿Sospechaba el lector europeo que ante sus propios ojos podría estar creciendo este sueño, hoy utópico, pero alguna vez quizá real? Pues el medio millar de páginas de este texto intenta mostrarlo con claridad. Mejor aún, el autor se esfuerza en combinar ambos sueños —europeo y americano— para insuflar esperanza a una humanidad que ve cuajar ante sus ojos un futuro poco halagüeño, trufado de violencia y amenazas, heredero de un presente violento, devastador de la naturaleza e insolidario.

Hay una gran parte de este libro, de la que se han hecho eco enseguida

los medios de comunicación a causa de su espectacularidad, que está dedicada a mostrar, con datos y cifras irrefutables, que Europa sostiene unos niveles comparativos muy favorables en numerosos aspectos respecto a EEUU. Parece orientada a combatir cierto pesimismo del pensamiento progresista tradicional en Europa, imbuido de la falsa idea de que el progreso pasa inevitablemente por EEUU, y que lo que hoy allí se estila, será obligatorio aquí poco después, lo que no puede menos que producir desánimo. No se va a insistir en ello en este breve comentario, pero son muchas las estadísticas que muestran el deterioro social en EEUU. Leamos a Rifkin: “Más que preguntarse por lo que han hecho bien los estadounidenses y mal los europeos —un pasatiempo favorito de los líderes europeos— deberían congratularse por haber creado el modelo capitalista más humano de toda la historia, y luego preguntarse qué nuevas ideas podrían introducirse para mejorarlo” (p. 78). Insiste en que la Unión Europea habría de considerar el mantenimiento de unas adecuadas prestaciones sociales y la búsqueda de una buena calidad de vida como un aspecto integral para “crear la primera superpotencia económica verdaderamente sostenible del mundo”. Teniendo en cuenta que el modelo estadounidense ha arrojado a la quiebra y a la deuda a millones de ciudadanos, hay que evitar liquidar la red asistencial europea para favorecer un mercado más liberalizado, porque entonces los 455 millones de europeos habrían de afrontar los mismos problemas que aquejan hoy a EEUU, con el aumento de la pobreza, de las desigualdades sociales y de la población reclusa. Es imposible aludir en estas líneas a todos los aspectos relevantes del

libro, muchos y enjundiosos. Citaré uno, de paso: la desmitificación del concepto de PIB (producto interior bruto), tan utilizado para ordenar a los países y atribuir mayor éxito a los que ocupan la cabecera de la lista. No todo crecimiento del PIB implica mejora de las condiciones de vida. Rifkin lo expone así: “Si la salud de millones de estadounidenses se deteriora como consecuencia de un aumento de la obesidad, del consumo de tabaco, alcohol y drogas, el incremento del gasto en asistencia sanitaria quedará reflejado en el PIB”. Habrá aumentado la cifra y habrá ascendido el país en el *ranking* internacional, pero se habrá reducido la calidad de vida. Lo mismo ocurre con el incremento del PIB producido por un mayor número de prisiones, por el incremento en los costes judiciales y carcelarios, o por el aumento de la protección policial y la vigilancia privada que se produce cuando la inseguridad se generaliza. ¿Es deseable que el PIB aumente por esas razones?: “Buena parte de nuestro PIB —un porcentaje que no hace más que crecer cada año— procede de actividades económicas que no mejoran nuestra calidad de vida” (p. 102) indica Rifkin con contundencia. No siempre el autor se atiene a la rigidez argumental de una impecable argumentación: “Mi corazonada es que el emergente sueño europeo está mucho mejor preparado para responder a las realidades espaciales y temporales de un mundo globalizado que el viejo sueño americano” (p. 127), desahogo que puede permitirse tras haber trezado sólidamente el discurso sostenido en su trabajo. Concluye Rifkin expresando sus dudas sobre si los europeos tendremos todavía la suficiente capacidad para superar un cierto pesimismo innato - producto de una

larga historia de enfrentamientos y violencia - y aceptar una esperanza “suficientemente sólida como para abordar la tarea de sostener una nueva visión de futuro” (p. 497). Se despide del lector con una inyección de optimismo: “El sueño europeo es un faro en un mundo convulso. Su luz nos señala una nueva era de inclusión, de diversidad, de calidad de vida, de solidaridad, de desarrollo sostenible, de derechos humanos universales, de derechos de la naturaleza y de paz en la Tierra. Los norteamericanos solíamos decir que vale la pena morir por el sueño americano. El nuevo sueño europeo es un sueño por el que vale la pena vivir”. Muchos lectores que se adscriben a la antiglobalización y militan en ella se resistirán a creer que, avanzando en el sentido de una globalización total, como da por sentado Rifkin, pueda surgir un ideal de futuro que supere con mucho a las mejores esperanzas de la humanidad. Y que en el seno de una Europa que algunos, con razón, llaman “de los mercaderes”, y otros tachan de poco democrática y muy burocratizada, pueda vislumbrarse alguna vez la luz de ese faro. Para resolver esas dudas, aconsejo encarecidamente la lectura detenida del libro en cuestión.

Un par de anotaciones finales, relativas más a la forma que al fondo. Sin poder cotejar con el texto original en inglés, no es posible saber si se debe a un desliz de traducción o a un oculto sentido del humor del autor afirmar que “cuando llegaron los europeos [al Nuevo Mundo] ya había estadounidenses nativos (sic)” (p. 231). Parece excesivo anticipar la cualidad de ciudadanos de EEUU a las tribus indias asentadas en lo que luego sería la futura Unión desde los albores de la humanidad. Por otro lado, habrá que entender que se refiere solo a Europa la frase en la

que afirma que en 1863 Londres era “la primera ciudad desde la caída de Roma en alcanzar una población de más de un millón de habitantes” (p. 130), puesto que a finales del siglo XVIII, la capital japonesa Edo (hoy Tokio) alcanzaba ya el millón de habitantes.

Sí que parece ser una imprecisión de los traductores (que se han repartido el texto) la extraña frase de que Hawai y Alaska se unieron a EEUU “a pesar de no formar parte de la geografía que limita con el país” (p. 466), pues parece difícil que ninguna geografía pueda limitar con nada. Probablemente el texto original utiliza la habitual expresión norteamericana de “conterminous” (es decir, lo encerrado por una misma frontera), utilizada para referirse a los estados de la Unión que tienen fronteras físicas comunes. En ese mismo párrafo el lector apresurado puede sorprenderse al leer que México “pese a ser mucho más pobre que EEUU, ocupa el décimo puesto entre las potencias económicas mundiales”, si no se le aclara que la ordenación se hace en función del PIB global y no *per capita*. Pequeños defectos de una obra cuya valor intrínseco los compensa sobradamente.

Alberto Piris
Analista del Centro de
Investigación para la Paz (CIP-
FUHEM)

100 CLAVES PARA COMPRENDER ORIENTE PRÓXIMO

Alain Gresh y Dominique
Vidal
Paidós,
Barcelona, 2004,
471 páginas.

POLITICIDIO. La guerra de Ariel Sharon contra los palestinos

Baruch Kimmerling
Foca,
Madrid, 2004,
206 páginas.

Oriente Próximo ha condensado tal cantidad de acontecimientos, de procesos políticos y de conflictos en los últimos cincuenta años, con repercusiones extra regionales y a escala global, que es imprescindible cada cierto tiempo detenerse y repasar lo ocurrido, intentando discernir lo importante y lo realmente trascendente. Dos libros, traducidos al castellano, nos permiten ese ejercicio de forma diferente.

El primero de ellos es la versión española de un clásico de la divulgación rigurosa sobre el Oriente Medio moderno, *Les 100 portes du Proche Orient*, publicado por primera vez en 1986. En 2002, justo antes de la invasión de Irak, fue retocado y actualizado por sus autores, adoptando este nuevo título, más acorde a sus pretensiones didácticas: *100 claves para comprender Oriente Próximo*. Sus autores, Alain Gresh y Dominique Vidal, ambos redactores de *Le Monde Diplomatique* y especialistas en la materia, buscan dar claves para entender la región; en sus propias palabras

“desenmarañar la maraña de Oriente Próximo, descodificar sus códigos y desmitificar los mitos... ¿cómo? Recurriendo a los diversos niveles de análisis: el nacional, el regional y el internacional”. No es una obra de lectura lineal, es una obra de consulta, organizada por entradas como una enciclopedia, y enriquecida por una cronología que cubre desde la II Guerra Mundial hasta 2003, una selección de extractos de documentos claves, bibliografía y recursos electrónicos. Primando lo histórico y lo político, entre su centenar largo de entradas están cada uno de los países, organizaciones políticas (Baaz, OLP o Hezbolá), personalidades (desde Arafat, Rabin o Naser, hasta Hariri o Marwan Barguti), guerras, el papel de las potencias en la región (EEUU, Francia, Reino Unido, URSS, Europa) y temas claves a nivel regional (islam, agua, minorías, migraciones). Son discutibles algunos enfoques y los temas seleccionados en esta breve colección. Por ejemplo, el genocidio es reducido al judeicidio nazi, o figuran personajes como Lawrence, Abu Nidal, Sartawi y Curiel antes que otros. No obstante, hay que reconocer la claridad, la precisión y el rigor de los breves textos. En un par de páginas se sintetiza magistralmente la historia reciente de un país, sea Yemen o Sudán, se dan las claves de un conflicto o se explica un acuerdo de paz. En suma, se trata de un libro muy útil, al que hay que recurrir ante una duda, y que hay que tener cerca, a la espera de un diccionario más exhaustivo sobre Oriente Medio. La segunda obra también permite hacer una relectura de lo ocurrido en los últimos años, aunque en este caso, ceñido a la cuestión israelo-palestina. Su autor es Baruch Kimmerling, uno de los más importantes sociólogos israelíes, especialista en sociología política y

del conflicto, y autor de diversos libros sobre la identidad israelí, la historia de Palestina y del largo conflicto israelo-palestino.

Kimmerling es bien conocido por sus posturas críticas radicales a la política israelí para con los palestinos.

El ejemplar aquí comentado tiene una factura totalmente diferente a sus demás obras. Es un libro de combate, de un académico indignado y sublevado. Con el pretexto de analizar la figura del actual primer ministro Ariel Sharon, realiza una relectura de la historia del conflicto israelo-palestino y una aguda interpretación de la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza. Kimmerling es un sionista que ve en la ocupación de 1967 el inicio de una deriva que desvirtúa el proyecto político israelí y contribuye a la crisis social y de valores en Israel. En cuanto a los palestinos, sostiene que desde entonces, Israel ha venido realizando un "politicidio", un proceso que tiene como objetivo final la disolución de los palestinos en tanto que entidad social, política y económica, sin que ello suponga necesariamente una limpieza étnica total.

La actual situación generada por la continua colonización y la construcción del muro de separación, parecen confirmar este análisis.

Sobre Sharon el autor da una visión compleja desde sus primeros años en el ejército, su implicación en diversas matanzas, sus altas responsabilidades en la institución, su carácter intransigente, imprevisible e indisciplinado, su irrupción en la política arrastrando con él esas prácticas. Intenta contestar a la tan repetida pregunta de cómo alguien así puede llegar a gobernar. Kimmerling da claves, y con ello permite hacer entender como hoy, a pesar de su retórica

moderada y ambigua, Sharon sigue encarnando ese continuo empeño israelí de configurar una región en función de sus intereses.

El libro hace un lúcido repaso a lo ocurrido desde la crisis del proceso de paz. Y de paso, el autor deja unas reflexiones muy interesantes sobre la sociedad israelí y arremete sobre la timorata izquierda sionista israelí que, secuestrada por principios nacionalistas, no se ha atrevido, por ejemplo, a apoyar a los objetores de conciencia.

Isaías Barreñada

Politólogo y colaborador del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

LA GUERRA ISRAELÍ DE LA INFORMACIÓN. DESINFORMACIÓN Y FALSAS SIMETRÍAS EN EL CONFLICTO

PALESTINO-ISRAELÍ

Joss Dray y Dennis Sieffert
Ediciones del Oriente y el Mediterráneo,
Madrid, 2004,
294 páginas.

No es habitual la publicación de un libro dedicado al análisis de la información que recibimos sobre el conflicto árabe-israelí y, mucho menos, que el trabajo sea firmado por dos periodistas: la fotógrafa Joss Dray y el analista Denis Sieffert. Ambos cuentan con una dilatada carrera como corresponsales en la zona lo que les ha permitido contrastar que los medios de comunicación occidentales suelen focalizar la atención en ciertos episodios –atentados suicidas, episodios de

violencia, cumbres internacionales, firma de acuerdos—dejando sin cobertura otros que nos permitieran entender las verdaderas razones del conflicto.

La lectura de *La guerra israelí de la información*, inicialmente publicada en francés en 2002, es especialmente interesante a la luz de los últimos acontecimientos registrados en la región. La elección de Mahmud Abbas como presidente de la Autoridad Nacional Palestina y la formación de un gobierno de Unidad Nacional israelí, integrado por el Likud y el Partido Laborista, han generado un optimismo desmesurado. Algunos medios de comunicación dan por sentado la reanudación del proceso de paz e, incluso, se atreven a vislumbrar la futura firma de un acuerdo de paz definitivo. Tal posibilidad, del todo remota si tenemos en cuenta la magnitud de las diferencias entre el proyecto del Gran Israel propugnado por Sharon y los deseos palestinos de independencia, es apuntada abiertamente por los medios de comunicación, como si no se hubiera extraído ninguna enseñanza del fallido proceso de Oslo y de las esperanzas que desató. La lectura desmitificadora que Dray y Sieffert plantean del proceso de Oslo es especialmente oportuna cuando se corre el riesgo de tropezar en la misma piedra que en el pasado. Los autores establecen una diferenciación entre “mito y realidad”: el mito se basa en la falsa presunción de que un acuerdo de paz es inexorable, mientras que la realidad evidencia que los acuerdos asimétricos conducen, tarde o temprano, al fracaso. Los autores interpretan que “desde la primera hora [del proceso], el filtro de los medios de comunicación había contribuido a escamotear el auténtico balance de los acuerdos de Oslo [...], acogido con entusiasmo casi unánime, dejó a los críticos el

ingrato papel de Casandra, cuando no eran pura y simplemente estigmatizados como enemigos de la paz”. Como ayer, hoy también se corre el riesgo de caer en una situación parecida, en el caso de que se alcance un alto el fuego y se lleve a cabo la evacuación de Gaza. Estos pasos, sin duda positivos, no resuelven sin embargo el núcleo del conflicto: la negativa israelí a retirarse de los territorios ocupados desde 1967 y la oposición frontal de Sharon a permitir la aparición de un Estado palestino independiente, soberano y viable.

En los seis capítulos que componen el libro, los autores repasan lo ocurrido en el periodo 2000-2002 con la intención de valorar las informaciones que transmiten los medios de comunicación franceses sobre el conflicto palestino-israelí. El tiempo no podía haber sido mejor elegido, puesto que marca una inflexión a partir de la cual los palestinos, y a su cabeza el desaparecido Yaser Arafat, dejaron de ser percibidos como socios fiables del proceso de paz para ser contemplados como sus principales enemigos. El fracaso de la Cumbre de Camp David y el punto álgido de la Intifada del Aqsa no fueron ajenos a la campaña de propaganda y desinformación que pretendía responsabilizar por entero a los palestinos del descarrilamiento del proceso de paz y convertir a los israelíes en víctimas de una violencia ciega y sin motivo. La Cumbre de Camp David tuvo lugar en julio de 2000. El relato de los acontecimientos es suficientemente conocido. Después de varias semanas de intensas negociaciones, palestinos e israelíes fueron incapaces de alcanzar un acuerdo en torno al estatuto final y el proceso de Oslo entró en vía muerta. El fracaso fue achacado a los palestinos que habrían sido incapaces de aceptar los “generosos

términos de la paz” de Barak quien habría presentado “concesiones extraordinarias” y realizado “la oferta de mayor alcance jamás hecha”. El entrecomillado se refiere a la versión comúnmente aceptada de la cumbre y que fue proyectada por los medios de comunicación israelíes y estadounidenses. Los autores atribuyen a Shlomo Ben Ami, quien fuera embajador israelí en España y ministro de Asuntos Exteriores, un papel destacado en la campaña internacional para difundir esta versión de los hechos. Por recoger un ejemplo de los mencionados por Dray y Sieffert, el periodista Bernard Guetta difundió en sus crónicas de *L'Express* y *France Inter* la tesis laborista del fracaso de Camp David y Taba: “El día en que Bill Clinton presentó los parámetros de un arbitraje equilibrado, Ehud Barak los aceptó, los aceptó públicamente, pero Yaser Arafat nunca dijo que sí. Rechazó una paz justa garantizada por Estados Unidos, el reparto de Jerusalén y dos Estados a uno y otro lado de la frontera de 1967. Y lo hizo sabiendo que aseguraba el triunfo electoral de Ariel Sharon” (*France Inter*, 2 de abril de 2002). Si tomamos un ejemplo de la prensa española, encontramos un paralelismo evidente ya que prácticamente se calcan los argumentos. El columnista Gabriel Albiac interpreta que la propuesta israelí significaba la “devolución total de los territorios ocupados y la formación de un Estado independiente palestino” y una repartición del territorio sobre el principio: “lo que está habitado por judíos es Israel, lo que está habitado por palestinos es Palestina” (*El Mundo*, 11 de marzo de 2002). Nada más lejos de la realidad. Tras el fracaso de las negociaciones, Barak acusó a Arafat de buscar la destrucción del Estado de Israel y consideró que los palestinos “no

tienen la misma concepción de la cultura judeo-cristiana a la hora de decir mentiras. La verdad es considerada por ellos como algo irrelevante”. Para los autores, “las desinformaciones de Camp David invierten la historia cuando sugieren que un líder palestino más complaciente y occidentalizado habría firmado la paz de los señores Barak y Clinton. Sin embargo, la paz de los *bantustanes* en ningún caso podía convertirse en la paz de los palestinos”. El colapso del proceso de paz dio paso a la Intifada del Aqsa. Un año después de su inicio, los atentados del 11-S permitieron dar un paso más a la hora de culpabilizar a Arafat de la violencia y equipararlo de esta manera a Ben Laden (Sharon llegó a decir “Arafat es nuestro Ben Laden”). Para los periodistas, “la lucha de los palestinos perdió su especificidad con el inmenso estrépito producido tras el hundimiento de las Torres Gemelas de Nueva York” y los atentados suicidas fueron contemplados como un eslabón más de la cadena islamista: “A *posteriori*, estos actos sangrientos [...] se cargan de otro significado. Ya no son sólo antiisraelíes, sino antioccidentales. Pierden todo contenido político para participar en un vértigo planetario”. El capítulo tres es de gran interés puesto que está dedicado a “la caída en desgracia de Arafat en los medios de comunicación”. Los autores consideran “la focalización de la opinión pública sobre la persona de Arafat como el principal éxito de la propaganda israelí” concluyendo que “la prensa [internacional] ha terminado adaptándose al *imperium* de la comunicación israelí”. Para ilustrarlo rescatan una columna del *Libération* firmada por Jacques Almeric en la que se describe a Arafat como un “egocéntrico en alto

grado y un tanto paranoico, Arafat es más un hombre de confrontación, de combate, que de paz y compromiso” (27 de enero de 2002).

El diagnóstico que hacen los autores sobre los medios de comunicación franceses no es demasiado benevolente. Para ellos, en la prensa francesa “pueden proferirse las falsedades más evidentes o artificiosas aproximaciones sin exponerse a un réplica inmediata [...]”. La mayoría de las veces no es fácil distinguir lo que es opinión libre de lo que es propaganda estrechamente ligada al discurso oficial del gobierno israelí”.

Aunque el libro se centre en el análisis de los medios de comunicación franceses, lo cierto es que sus conclusiones pueden extenderse, al menos parcialmente, a buena parte de los medios periodísticos europeos.

Entre las carencias del libro cabe señalar que los autores se centran excesivamente en los acontecimientos más recientes lo que le resta valor a medio y largo plazo, puesto que pasa por alto que la guerra de la información israelí no arranca en el año 2000, sino que hunde sus raíces mucho tiempo atrás. Algunos de los mitos fundacionales del Estado de Israel –“una tierra sin pueblo, para un pueblo sin tierra”, “el florecimiento del desierto” o “las guerras defensivas”– muestran a las claras que las técnicas empleadas en la actualidad vienen siendo utilizadas de manera recurrente y exitosa desde hace más de medio siglo. En este sentido, es de obligada mención la obra *The Birth of Israel: Myths and Realities* de Simha Flapan, aparecida en 1987, en la que se pone en tela de juicio la sinceridad de la aprobación israelí del Plan de Partición de 1947 al dar por hecho que la dirigencia sionista interpretaba que tan sólo era un

primer paso de cara al establecimiento del Gran Israel. En uno de los últimos párrafos de este recomendable libro, Dray y Sieffert se preguntan si es posible informar sobre un conflicto claramente asimétrico de manera neutral: “¿Se puede permanecer ‘neutral’ ante los acontecimientos de Oriente Próximo? ¿Contarlos no es ya declararse a favor de un compromiso necesario? Un compromiso que no sea ni ciego ni complaciente, que no absuelva ninguno de los crímenes de los palestinos, pero que tampoco simule creer que los errores pueden repetirse a partes iguales en uno de los últimos conflictos de tipo colonial del planeta”.

Ignacio Álvarez-Ossorio
Profesor de Estudios Árabes e
Islámicos en la Universidad
de Alicante

LA RUSIA POST-SOVIÉTICA

Roy Medvedev
Paidós,
Barcelona, 2004,
383 páginas.

Roy Medvedev hace honor en este libro a su dimensión de historiador, pues efectúa un muy completo repaso de los procesos, acontecimientos y personajes que han formado parte de una de las épocas más convulsas de la historia rusa y de enormes consecuencias para el conjunto de la humanidad. La liquidación del sueño soviético, confirmado con el fracaso de la *perestroika* iniciada en 1985 y liderada por Mijail Gorbachov, abrió el paso a un tiempo tempestuoso y lleno de tensiones y

sobresaltos. La visión que nos transmite Medvedev es la propia de una persona políticamente militante en la izquierda democrática, más bien tradicional y moscovita. Es decir, aún siendo exhaustivo en el análisis de los actores principales del drama post-soviético en Rusia, probablemente faltan elementos en la exposición que, sin ser determinantes, han estado presentes en el proyecto de restauración capitalista posterior a 1991. Es especialmente ilustrativa, rica e interesante la explicación del proceso de privatización de los bienes estatales, su apropiación por buena parte de la nomenclatura gestora del anterior sistema, así como la adquisición exterior de industrias o empresas de alto valor estratégico a través de testaferros, lo que indica, obviamente, que el proceso, al menos para algunos, no ha sido tan ciego y lleno de improvisaciones como cabría pensar. En el segundo fracaso del proceso de democratización en Rusia pueden haber influido las malas compañías de Yeltsin, o su incapacidad para elegir buenos colaboradores, dotados de un mínimo sentido de país, de salvaguardia de las potencialidades de Rusia, su economía, su ciencia, etc. Pero, sin duda, hay otro factor, no analizado suficientemente por Medvedev, relacionado con el comportamiento exterior, solo abordado de pasada y sin entidad propia, a pesar de su inculcable importancia. Es evidente que Rusia ha fracasado en su transición si contemplamos la caída en picado de todos los índices representativos del país, ya sea en lo económico, en lo social o en lo cultural. Quizá ese fracaso era indispensable para que determinados intereses se vieran favorecidos y encontrasen menos resistencias “patrióticas” a sus objetivos. No todo fue

incompetencia, aunque también la hubo y mucha. Muy pronto, los sucesivos equipos dirigentes habían perdido la capacidad para tomar soberana y libremente sus decisiones, y para la inmensa mayoría esa preocupación tampoco estaba en su agenda. La complejidad de la política rusa es descrita con minuciosidad por Medvedev: las personas, los movimientos políticos, las oscilaciones en los mapas partidarios y en las posiciones ante circunstancias de cierta trascendencia o conceptos clave del devenir político (desde la valoración del pasado inmediato a la identidad rusa), quedando al descubierto sus contradicciones y la escasa renovación de este sujeto clave del proceso, así como su conservadurismo galopante, en términos generales. La generalización de la corrupción — paradójicamente, una de las críticas más utilizadas contra el anterior sistema— y la dificultad para identificar la naturaleza de los problemas que el país debía enfrentar en situaciones de práctica emergencia, configuraron un panorama bien desalentador y que explica el progresivo distanciamiento de la sociedad del nuevo régimen y sus valedores e instrumentos. Con la distancia cronológica, llama poderosamente la atención el manto de olvido que ha caído sobre un hecho gravísimo como fue el bombardeo de la Casa Blanca, la sede del Parlamento ruso. Son numerosos los medios que procuran acordarse siempre, por ejemplo, de la masacre de Tiananmen, pero en Moscú, al parecer, no hubo masacre, y no hay motivo para el recuerdo. Aún siendo ambas igualmente condenables, Yeltsin pasará a la Historia como el gran promotor de la democratización de Rusia, si bien ha sido el principal

responsable de aquella matanza que desembocó en una seudodemocracia a su medida, edificada sobre las cenizas de los 1.500 muertos de aquella sangrienta represión. Todo el proceso subsiguiente y sobre el que descansa el sistema actual es abiertamente ilegítimo, apoyándose únicamente en la fuerza de los hechos consumados y en la complicidad internacional, que ha sabido, como es habitual, dirigir su mirada en otra dirección porque así le interesa.

El relato aportado por Medvedev refuerza el peso de la maquinación y la intriga, los juegos de poder y otros mecanismos muy poco transparentes que ilustran los múltiples déficits de la incipiente democracia rusa, tan pobre en su contenido como la pobreza trasladada por el régimen de Yeltsin a la inmensa mayoría de los millones de rusos. Muy poco que ver con la creación de una sociedad vertebrada y justa, y más asociable con el capitalismo salvaje que en modo alguno puede ser presentado como una nueva síntesis de igualdad y libertad. Los vínculos con el mundo del hampa y el carácter criminal de buena parte de la nueva oligarquía emergente completan un escenario ciertamente preocupante, como preocupante es el escaso interés internacional en poner coto a la proyección exterior de estas prácticas por parte de los nuevos ricos rusos.

Hay una ausencia importante en el libro, la falta de análisis relativos al problema nacional. Se trata de una visión muy moscovita, asentada en la idea, en buena medida cierta, de que el ritmo y el sentido de las reformas — y contrarreformas — en Rusia depende de la correlación de fuerzas que pueda existir en el Kremlin. No obstante, el problema

nacional en Rusia, como la cuestión de las minorías rusas en otros territorios, bien merecería una mayor digresión, sobre todo en cuanto a su importancia para la consolidación de Putin o para calibrar la identidad democrática de los principales actores políticos e, incluso, el discurso exterior, apenas tratado en el libro.

Xulio Ríos

Director del Instituto Gallego de
Análisis y Documentación
Internacional (IGADI)

HUMAN RIGHTS WATCH WORLD REPORT 2004

Human Rights Watch
Nueva York, 2005,
525 páginas.

El año 2004 ha sido malo para los derechos humanos según el informe anual de Human Rights Watch (HRW). Por un lado, debido a la tortura organizada y legitimada desde EEUU, el país que el presidente George Bush presenta como líder en la lucha contra la tiranía; por otro, a causa de las violaciones masivas de los derechos humanos en Sudán y la tímida respuesta del sistema internacional. El director de HRW, Kenneth Roth, califica estos hechos de amenazas para los derechos humanos y afirma que la credibilidad de su defensa depende de que se den respuestas firmes a ambas cuestiones.¹ Junto a estas cuestiones, y a un repaso exhaustivo por cada país donde las libertades se ven amenazadas, HRW se ocupa también de la compleja

¹ Ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Kenneth Roth, "Darfur y Abu Ghraib", p. 125.

relación entre derechos humanos y religión, y de la reacción contra los derechos de homosexuales y transexuales en el mundo. Mientras que en estos ensayos se llama a una estricta defensa de la libertad religiosa, también se considera que “los grupos pro-derechos deben oponerse a cualquier avance hecho en nombre de la religión, tradición o moral que censure o limite el comportamiento de otros cuando la única ‘ofensa’ está en la mente de las personas que quieren imponer su criterio”.

La guerra en Irak violó el Derecho Internacional para llevarse a cabo. Cuando la ciudadanía iraquí no respondió como las fuerzas de ocupación esperaban, diversas instancias en Washington, especialmente la Secretaría de Defensa, aplicaron métodos más fuertes, mientras que algunos juristas, como el nuevo Fiscal General del Estado, Alberto Gonzáles, especulaban sobre la reformulación del concepto de tortura en la lucha contra el terrorismo.

Abu Ghraib y Guantánamo se destaparon en 2004 a través de la tecnología digital y gracias a la arrogancia de unos oficiales y soldados que se vanagloriaban de lo que hacían a los prisioneros y a las denuncias de otros. El ensayo de Mark Danner, *Torture and Truth*, muestra la forma en que se entrelazaron el fracaso de la conquista de Irak con un laberinto de órdenes burocráticas que llevaron a la práctica de la tortura.² Como ocurrió en anteriores dictaduras, a la tortura le precede y ampara una arquitectura burocrática estatal que desmiente que sea obra de unos pocos soldados.

La situación en Darfur, Sudán, centra la atención del informe de

HRW. El marco de referencia es un complejo conflicto en el que se cruzan la exclusión, la lucha por la tierra entre comunidades y la opresión desde un Estado represivo pero débil. Durante casi un año la comunidad internacional ha discutido si se trata de violaciones masivas de los derechos humanos o de genocidio, mientras quedaba de manifiesto su incapacidad para actuar diplomáticamente y, eventualmente, usar la coerción militar. HRW considera que no se debe permitir que la brecha entre preocupación y acción se mantenga por más tiempo. Darfur es un ejemplo más, diez años después del genocidio en Ruanda, de la falta de voluntad real de prevenir crímenes masivos contra los derechos humanos.

Jean-Paul Marthoz y Joseph Saunders abordan en el informe un tema controvertido y novedoso como es la relación entre religión y derechos humanos. Religión y política han vuelto a cruzarse de forma inesperada y, en algunos casos, violenta y los derechos humanos están en el centro de la tensión. Hasta los años ochenta se ignoraba en las disciplinas sociales el papel que desempeñaba la religión en los procesos políticos. Las creencias religiosas formaban parte de la esfera privada y no debían influir en la vida pública. En países postcoloniales era una cuestión de tiempo que la religión quedase relegada a la vida privada. La línea divisoria entre religión y política significaba el final del proceso de secularización abierto con la Ilustración y la Revolución Francesa.

El triunfo de la revolución de los ayatolás en Irán en 1979 fue el primer signo del renacimiento de las ideas religiosas en la política. Como

² Mark Danner, “Torture and Truth: America and Abu Ghraib, and the War on Terror”, *New York Review of Books*, New York, 2004.

demuestra el caso de los Balcanes, la ruptura de las instituciones y el vacío dejado por los modelos soviéticos tras la caída de la URSS fue ocupado por un discurso étnico-nacionalista, y en algunos casos político-religioso, que aspiró a definir una nueva identidad nacional excluyente. Por otro lado, en Estados postcoloniales en los que falló el intento modernizador, el discurso religioso encontró eco entre poblaciones desencantadas con procesos que no respondieron a sus expectativas.

Actualmente, la religión, lejos de apartarse de la esfera pública, ha pasado a desempeñar un papel crucial en el debate sobre la configuración del Estado, en la relación entre éste y la sociedad civil, en conflictos armados y en algunos procesos de reconciliación. El intermitente enfrentamiento entre India y Pakistán por la región de Cachemira, Chechenia, Sri Lanka y los Balcanes, son ejemplos donde la religión es utilizada como arma de guerra. Por otro lado, el reciente debate sobre si la nueva Constitución Europea debe incluir una referencia a las raíces cristianas del continente en su preámbulo demuestra que incluso en las sociedades más seculares el debate sobre qué papel debe jugar la religión en la esfera pública no está cerrado.

El Estado moderno se caracteriza por la división entre Iglesia y Estado. Admite la existencia de una esfera pública-secular separada de la vida privada en donde queda garantizada la libertad de conciencia y de religión. El desarrollo de los derechos humanos, su protección y garantía ha sido fundamental en los últimos 50 años. Actualmente hay una tendencia a universalizar su aplicación y

defensa a través de la Corte Penal Internacional, distintos tratados internacionales y casos concretos como el del general Augusto Pinochet.

Pese a estos desarrollos políticos y jurídicos, la religión ha vuelto a la escena pública. Existen dos razones principales para ello. Primero, el denominado proceso de globalización provoca un sistema económico que no provee de bienes y servicios a la mayoría del planeta. Las variadas ideologías fundamentalistas demuestran un preocupante desencanto con la modernidad y la globalización.³ Segundo, la incapacidad de muchos Estados de garantizar la defensa y protección de derechos básicos a sus ciudadanos. En esos países, el Estado moderno es visto por la población como un arma de las élites o la encarnación local del poder neo-colonial, y la modernidad como instrumento del poder imperial contra el que se erige el nacionalismo religioso. Estos factores crean el espacio para que organizaciones religiosas, extremistas o no, sustituyan parcial o totalmente al Estado en su tarea de cumplimiento con sus obligaciones legales y como proveedor de bienestar social. En realidad, la confrontación entre modernidad y conservadurismo religioso es una constante en la mayoría de las sociedades actuales. La negativa a reconocer los derechos de los homosexuales es un ejemplo de esta confrontación. El resultado, como afirman Marthoz y Saunders, es la aspiración de grupos religiosos extremistas a la teologización del Estado para controlar el proceso de modernización. Es el caso concreto de Irán y también de EEUU. El presidente Bush logró un gran

³ Karen Armstrong, "Resisting Modernity. The Backlash Against Secularism", *Harvard International Review*, invierno 2004, Vol. XXV, N°4, pp. 40-45.

apoyo en las recientes elecciones de grupos religiosos fundamentalistas convencidos de que gobernará en función de sus intereses. La religión ha emergido como un nuevo lenguaje político global también porque, tanto la Casa Blanca como Al-Qaeda, se ven a sí mismos como la encarnación del Bien frente al Mal.⁴

Parte de la tensión entre derechos humanos y religión obedece a los diversos temas a los que apela este movimiento (VIH/Sida, derechos reproductivos, libertad sexual, papel de la mujer, libertad de expresión) y la forma en que los grupos religiosos responden a estas cuestiones. Mientras que en muchos ámbitos suele haber un consenso generalizado entre ambos (derechos económicos y sociales, educación, paz, solidaridad, lucha contra la pobreza), en otros aspectos, el movimiento a favor de los derechos humanos se ve atrapado entre defender la libertad de conciencia y práctica de la religión y, a la vez, denunciar las violaciones cometidas en su nombre.

HRW se arriesga a analizar esta polémica y propone encontrar un punto intermedio entre defender la libertad religiosa y denunciar los abusos; entre conocer y respetar los particularismos religiosos no violentos y promover la universalidad de los derechos humanos. La tarea no es fácil, especialmente en el contexto actual de agitación social mundial en torno a acontecimientos como el 11-S y la guerra en Irak; la polémica sobre el uso del *chador* en las aulas francesas; la oposición de grupos religiosos a la enseñanza de las teorías evolucionistas en los colegios de EEUU; y el emergente islamismo político en Turquía que amenaza las bases del Estado

secular más exitoso del mundo musulmán.

Para muchas personas, la religión no está ligada a cuestiones materiales sino que, al igual que la política, consiste en una forma de entender el mundo y de relacionarse entre sí. Es esencial conocer este nuevo lenguaje político y promover el debate y diálogo entre grupos enfrentados. Para lograr encontrar el difícil punto intermedio que propone HRW es necesario tener un marco legal en el que quede garantizada la libertad de expresión y los derechos básicos de todos los ciudadanos. Este marco de actuación difícilmente lo puede ofrecer un Estado teologizado.

Covadonga Morales Bertrand
Becaria en Naciones Unidas,
Nueva York

NACIONALISMO. RAZÓN Y PASIÓN

Pedro Ibarra

Ariel,

Barcelona, 2005,

224 páginas.

Este es un libro importante para comprender lo que está sucediendo en el País Vasco. Terminado, al parecer (p. 205), en octubre de 2004, discute los tres temas que están en su título: el *nacionalismo* (o, mejor, los nacionalismos sin Estado), las propuestas del Partido Nacionalismo Vasco y, en particular, el llamado Plan Ibarretxe, cuya *razón* o racionalidad intenta mostrar, y la *sinrazón* o la pasión de ETA (p. 113) cuyo declive analiza desde la perspectiva de la creciente pérdida de relación

⁴ Stephen Ellis y Gerrie Ter Haar, "Why religion has become the new politics", *Financial Times*, Londres, 18 de enero de 2005.

con la realidad que la organización aparenta, encerrada en sí misma y confundiendo su realidad con la realidad (p. 185, nota 1). El libro tendría que servir para que los demás nacionalistas (constitucionalistas o soberanistas, pero sobre todo los primeros) no hagan lo mismo. Comienza reconociendo el carácter de construcción artificial que tienen las naciones y, una vez cristalizadas, su existencia real y consecuencias. En la polémica entre las versiones esencialistas y subjetivistas de la nación, Pedro Ibarra encuentra que ambas versiones aportan elementos para entender el problema. Los subjetivistas ayudan a ver lo que de “comunidad imaginada” tienen las naciones y los procesos que llevan del nacionalismo a la nación. Los esencialistas explican por qué la nación no puede ser creada de la nada. Hará falta una comunidad que se sienta diferente, singular, un “nosotros”, una identidad colectiva. Si se prefiere, y no es formulación del libro, los esencialistas responden bien al por qué hay nacionalismos y los subjetivistas responde al por qué hay tan pocos, sabiendo que la relación entre el número de posibles naciones y el de Estados realmente existentes tal vez sea de 10 a 1. Y no hay 2.000 nacionalismos sin Estado y sí 200 nacionalismos con Estado. Pero obsérvese que el Estado siempre está presente: como destino (queremos ser un Estado porque somos una nación) o como punto de partida (queremos construir una nación desde el Estado para los nacionalistas que ya lo tienen). Los enfoques de la primera parte siempre son problemáticos. No todo lo que se dice sobre el nacionalismo sin Estado, se aplica también al nacionalismo con Estado, al españolismo o a casos como Finlandia o México o a situaciones peculiares como la del pueblo rom.

(Encuentro excelente su “paréntesis sobre el cosmopolitismo” entre las páginas 68 y 70).

También es difícil saber quién construye el nacionalismo. Hay, en el libro, un rechazo a las teorías que, en su extremo, afirman que las elites generan el nacionalismo para su provecho particular. Sin embargo, el papel de las elites sí que aparece explícito en los “viejos y supuestamente soberanos Estados/Nación” (p. 66). El actor, otras veces, son los ciudadanos que “construyen un pueblo, una comunidad, soberana” (p. 102). Incluso el nacionalismo puede verse como actor: “el nacionalismo genera...” (p. 8), el nacionalismo “debe argumentar...” (p. 79). Son cuestiones importantes para resolver los problemas que se plantean en capítulos posteriores: qué sucede cuando el nacionalismo con Estado afirma que sus ciudadanos construyen un pueblo, etc. y, viceversa, qué sucede cuando se llama “supuestamente soberanas” a las (¿viejas?) naciones. El libro parte de una epistemología, que comparto, reconociendo que “la estricta objetividad no existe en las ciencias sociales” (p. 13). Ante las diversas teorías, no se preocupa de cuál tiene razón, sino de qué aporta cada una para entender y resolver el problema propuesto (p. 70, p. 176). Hace bien, en mi opinión, al manifestarse “no fielmente tributario de la literatura académica” (p. 187) que, efectivamente, no siempre es útil. Y su teoría subyacente no es, ciertamente, esencialista (p. 135). Porque lo que a Pedro Ibarra le preocupa no son las cuestiones antedichas, sino las que vienen a continuación, a saber, los aciertos y tragedias de su “comunidad nacional”, el País Vasco. Su primera tarea es, frente a tanta execración mediática de los nacionalismos (de los demás), hacer

ver los valores que puede promover (cap. 4) y las funciones que puede tener (cap. 5). Estamos ya en el terreno de los nacionalismos sin Estado frente al nacionalismo con Estado. El nacionalismo puede promover los valores de libertad, democracia, solidaridad, cohesión social y universalismo. Es una discusión que el autor encuentra necesaria como pórtico a los nacionalismos sin Estado vascos, acusados (todos) de localistas, desintegradores, insolidarios, autoritarios y represivos. El capítulo 6 está dedicado al “pluralismo y democracia en el nacionalismo vasco” y el 7 a la “crisis del autogobierno vasco”. Es el análisis del llamado “nacionalismo moderado”. Es obvio que mientras el Partido Nacionalista Vasco apoyó al Partido Popular en el gobierno de Madrid, muchos problemas quedaron soterrados. Pero cuando el PP consiguió la mayoría absoluta y pudo prescindir de los apoyos nacionalistas vascos, el nacionalismo españolista cambió de estrategia y el PNV cometió algunos errores políticos que en el libro se recuerdan. En la presente coyuntura, la única herramienta de integración tendría que ser el diálogo (pp. 108-112), contexto en el que se defiende la racionalidad del llamado plan Ibarretxe (pp. 140 y sigs.), añadiendo un “bienintencionado intento de construir un escenario ideal” (pp. 162 y sigs.) que también comparto, al igual que comparto lo poco probable que es a corto plazo (p. 163, nota 7), a saber, el de un consenso mínimo entre el PNV y los constitucionalistas del PSE/EE. Los problemas del diálogo y la búsqueda de consensos son cuestiones que se entienden mejor a la luz del “declive del nacionalismo vasco radical” (cap. 8) y del previsible “final de ETA” (cap. 9). La Izquierda Abertzale, cuya

relación orgánica con ETA “no resulta nada evidente”, pero que tiene en ETA “un referente simbólico” (p. 168, nota 1), podría ser la historia de un fracaso (p. 182).

En el terreno de estos tres nacionalismos, tan proclive a la pasión y tan poco dado a la razón, es de agradecer un libro con el que se podrá estar de acuerdo o no en todos sus detalles, pero que informa, analiza y propone. No es neutral ni hay por qué pedir que lo sea, pero sí es razonable. Vea el lector los detalles y olvídense de las tertulias radiofónicas.

José María Tortosa
Grupo de Estudios de Paz y
Desarrollo
Universidad de Alicante

AMÉRICA LATINA EN EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

Joseph Tulchin y Ralph
Espach (Eds.)
Ediciones Bellaterra,
Barcelona, 2004,
326 páginas.

El sistema internacional que nos ha legado el 11 de septiembre está teniendo duras consecuencias para América Latina, una región que al no ser considerada una amenaza en los términos de la nueva agenda de seguridad, ha perdido relevancia y atractivo estratégico. La obra *América Latina en el nuevo sistema internacional* reúne los trabajos de diez expertos que reflexionan sobre las posibilidades de acción de esta región en un contexto marcado por el unilateralismo. La mayor parte de

los artículos fueron escritos con anterioridad al año 2001, punto de inflexión determinante en las relaciones mundiales. Pero este hecho, pese a lo que pudiera parecer, no resta interés a unos análisis que demuestran la existencia en América Latina de circunstancias concretas que le permiten jugar un papel activo en el sistema internacional, circunstancias que los gobiernos de la región no han sabido aprovechar. El libro coordinado por J. Tulchin y R. Spach se compone de diez capítulos articulados en torno a tres ejes complementarios: las características del sistema internacional de la post-Guerra Fría, las relaciones de EEUU con América Latina en ese nuevo contexto, y la política exterior de países tan relevantes en la región como Brasil o México. Todos los capítulos coinciden en reconocer la ampliación del margen de maniobra que supuso para América Latina el fin de la Guerra Fría. Desaparecida la amenaza comunista, la región dispuso de una opción clara para impulsar iniciativas que le permitieran fortalecer su presencia internacional y trabajar por imponer en la agenda internacional temas realmente relevantes para ella como el fortalecimiento democrático, la superación de la pobreza y la desigualdad o el afianzamiento del multilateralismo en el sistema internacional. Los autores estadounidenses Joseph Tulchin, Ralph Spach, Peter Smith y Robert Keonahe hacen notar a sus compañeros hispanos como Latinoamérica, pese a las oportunidades existentes, redujo en estos años su acción exterior a la consecución de acuerdos comerciales, acuerdos que en la mayor parte de los casos no respondieron a una estrategia regional sino que fueron consecuencia de políticas

nacionales aisladas. México y Chile por ejemplo, se implicaron con éxito en la firma de tratados bilaterales con EEUU y la Unión Europea que otros países de la región también intentaron. Aunque durante los años noventa América Latina asistió a un relanzamiento de diversos proyectos de integración, se avanzó más en la construcción de relaciones bilaterales con mercados extra-regionales que en el fortalecimiento de la relación regional. Únicamente Brasil planteó la necesidad de fortalecer este sistema regional de comercio para adquirir una mayor capacidad de negociación frente a interlocutores como EEUU.

La lectura de *América Latina en el nuevo sistema internacional* demuestra claramente que la única opción de política exterior que se plantearon los gobiernos latinoamericanos en la década de los noventa fue la maximización de sus relaciones económicas. Pese a las posibilidades que ofrecía el sistema para que América Latina articulase una estrategia global, atenta a aspectos tanto económicos como políticos, la oportunidad fue desperdiciada. Simplemente no se consideró la necesidad ni los beneficios derivados de crear mecanismos institucionales regionales para afrontar en mejores condiciones los retos de la globalización. Esta reflexión acerca de la inexistencia de una estrategia latinoamericana global se torna especialmente relevante en las complejas circunstancias actuales. La nueva agenda de seguridad incluye una serie de ítems como el narcotráfico, la delincuencia internacional o los problemas medioambientales que constituyen, desde hace muchos años, una seria amenaza para América Latina. Cualquiera de estas cuestiones exige una respuesta regional coordinada por parte de los Estados

afectados. No articular esa respuesta supone dejar a EEUU la iniciativa de su resolución, y esta es una amenaza potencial que América Latina no puede desconocer. La obra coordinada por J. Tulchin y R. Spach urge a América Latina a adoptar una posición más enérgica y comprometida como región en la resolución de los problemas que le afectan y en la arena internacional. Los acuerdos comerciales iniciados o fortalecidos en los años noventa son considerados por los autores un mecanismo de progreso muy importante, pero insuficiente. Hay en buena parte de los capítulos una insistencia generalizada para que esos tratados económicos se vean acompañados por iniciativas de carácter político. América Latina debe establecer su propia estrategia para enfrentar los problemas que afectan a la región. Hasta ahora ha sido evidente la falta de voluntad política para crear mecanismos institucionales supranacionales que

permitan avanzar en la resolución de los retos de seguridad que tiene planteados o que mejoren su inserción económica en el sistema internacional. La construcción de esos mecanismos regionales implica cierta cesión de soberanía a la que los Estados latinoamericanos no están acostumbrados, pero su puesta en marcha es imprescindible para evitar que EEUU imponga su agenda y sus modos de resolución de conflictos a todo el continente. Desde una posición ciertamente optimista, los editores del libro confían en las posibilidades que tendría una propuesta latinoamericana para enfrentar los retos existentes en la región, dado que EEUU ve ahora a América Latina como un socio confiable.

Laura Ruiz Jiménez
Directora del Master en
Cooperación Internacional
del Instituto Universitario de
Investigación Ortega y Gasset